

E.
HARO
TEGLEN

ESPAÑA EN EL MUNDO

DISCRETAMENTE, España llama a su embajador en Teherán, como una muestra del disgusto sentido en Washington por la barbarie del asalto a su Embajada y los cinco meses de retención de sus rehenes; sucede al mismo tiempo que, en Lisboa, el ministro de Asuntos Exteriores comienza una conversación por fin amable con el secretario del Foreign Office, lord Carrington, sobre Gibraltar; en esa misma Lisboa donde los ministros del Consejo de Europa demuestran su interés en que la Conferencia de Madrid se celebre en sus fechas y no sea precisamente un consejo de guerra contra la URSS, sino una auténtica negociación acerca de cómo pueden mejorar las relaciones internacionales. Pronto van a venir aquí, a reunirse, los representantes de los países del Pacto Andino, en el que España está implicada, aún desde la lejanía; y pronto, ya, van a comenzar las nuevas negociaciones sobre la renovación —o no— del pacto con los Estados Unidos. Mientras, el tema de la OTAN aparece vago, misterioso, impreciso. Como lo son las distintas posiciones españolas. El Gobierno y su partido —o UCD y su Gobierno, que también puede decirse— se dejan permeabilizar a la cuestión, la reciben, la difunden: la entrevista de Soler Serrano con el secretario general de la OTAN, Joseph Luns —traducido por un intérprete declamatorio que parecía salido de la vieja escuela teatral de Enrique Borrás y que aumentaba así el tono de propaganda que Luns metía en su dicción sencilla—, era un llamamiento a la guerra fría y anuestra participación por esa vía. (Curioso el programa "Sin fronteras", dotado de todos los privilegios de horario y excepcionalidad; ya había servido para la plataforma política del conservadurismo de Kissinger.) UGT —los socialistas— se han manifestado en contra. El PCE se oscurece ante la cuestión: no querría la OTAN, pero no querría que, por rechazarla, fuese confundido con una acción prosoviética. La extrema derecha duda. La OTAN responde a sus ansias conservadoras de guerra fría a ultranza; pero, por una parte, siente un viejo tradicionalismo militar nacionalista por el que no querría esa forma de dependencia, esa supuesta hipoteca de soldados y territorio (ese mismo tirón que hizo que De Gaulle independizara a Francia; pero es que tenía la bomba atómica), y, por otra, piensa que la OTAN está demasiado comprometida en la ideología democrática, que considera básica en sus principios europeos (democracia parlamentaria versus comunismo totalitario, según el simple esquema original) como para sentirse feliz dentro de ella.

DONDE está España, con todo esto, con respecto a las corrientes mundiales, cuál es su puesto en la geopolítica? La respuesta clara es que está dentro del mundo occidental desde el momento en que se sostiene, y se agudiza, la pugna Este-Oeste. Está en él y trabaja en él y para él. Pero Occidente tiene, por lo menos, dos vertientes: Estados Unidos y Europa. No hay que pensar en demasiada distancia entre esas dos vertientes: el gran centro de decisiones sigue estando en Washington, pero hay unos tirones recientes de Europa —Irán, Afganistán, la "détente", el petróleo, el diálogo Norte-Sur, el miedo al recrudecimiento de las tensiones sociales—. Hasta ahora, España está más próxima a los Estados Unidos. Es, indudablemente, Europa y Europa Occidental. Pero ciertos datos nos están diferenciando, otra vez, de ella. Hubo un punto de aproximación, y otra vez nos quedamos atrás en la carrera. Nuestra industria,

nuestra economía, nuestro consumo, se van quedando atrás; perdemos el aliento detrás del Mercado Común y no lo alcanzamos. El desnivel social (lo que ganan los de arriba, lo que no ganan los de abajo) es superior. La inflación no se contiene. El paro crece. Las formas culturales se vienen abajo de una manera estrepitosa mientras la violencia aumenta; la democracia se congela en un desarrollo constitucional y en un sistema parlamentario irresolutos, mientras crecen en influencia, y hasta quizá en número, las personas que pretenden el regreso a un sistema más rígido, más fuerte. Muchas de esas tendencias son también europeas; pero aquí son galopantes. Es en lo único en que vamos muy por delante. Con todo esto se puede trazar un cuadro impresionista donde el paisaje y las figuras se aproximan más en parecido al Tercer Mundo que al concepto que todavía se puede tener, y que es una realidad, de Europa.

TODO ello tiene necesariamente una fuerza importante en nuestra política internacional. Parece más lógico que ese conjunto de debilidades nos aproxime más a unos Estados Unidos poderosos que a una Europa dudosa —desde el punto de vista conservador—. Hay una tendencia de Estados Unidos a





Por fin, en Lisboa, una conversación amable entre lord Carrington y Marcelino Oreja sobre Gibraltár.

que ingresemos en la OTAN, que corresponde también a la imaginación de que dentro del gran organismo militar España apoye las tesis y las acciones de Estados Unidos. Pero hay otra, también en los Estados Unidos, que consideran la utilidad de la amistad de España —tan subrayada en la entrevista Suárez-Carter, tan deferentemente significada por Carter con motivo de la visita del Rey—, que podrían desear esa ilusoria, ni siquiera aparente, neutralidad. Por ejemplo, España puede albergar la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa porque es "neutral", como Finlandia o Yugoslavia, que son sus anteriores sedes, o como Austria; por el simple hecho de no pertenecer a la OTAN. Puede tener una influencia en América, incluso como "modelo", que sería recibida con más dificultad si fuese un país más beligerante. Su falta de relaciones con Israel la convierte en una pieza para el diálogo con los países árabes, como ya se marcó con el "deshielo" occidental que permitió recibir en Madrid a Yasser Arafat. Son dos bases franquistas; la política exterior hacia la hispanidad y hacia la arabidad, basadas en puntos de apoyo históricos, utilizadas entonces frente al aislamiento diplomático de las democracias. Pueden ser explotadas hoy con el nuevo régimen, con la nueva política internacional.

DE todo esto puede componerse una política internacional. No se puede pedir demasiado al conjunto de ministros y secretarios de Estado que se ocupan de política internacional española, de relaciones exteriores: no se les puede pedir una línea tradicional porque no la hay, porque no hay más que una serie de saltos coyunturales (como la hispanidad y la arabidad antes citados), estrechísimamente ligados a las necesidades vitales de supervivencia del régimen anterior; y porque el mundo es continuamente cambiante. Y, además, porque hay una falta de visión española del conjunto de las relaciones internacionales, como la hay de una verdadera doctrina política nacional. Una mezcla de crisis económica, énfasis ideológicos, aprovechamiento de fuerzas, inseguridad general, miedo, recelo ante algunos compromisos, falta de personalidad, dentro de un mundo donde la situación levanta vientos huracanados. Todo poco satisfactorio. ■

LISTAS DE HACIENDA

Los
CoNteM
poRa
ñEoS

YO también opto, como los grandes ricos, tan bien representados por los editoriales de "ABC", porque no se publiquen las listas de contribuyentes. Así tenemos algo en común los grandes ricos y yo. Pero con aspectos distintos. Me parece tonto decir que el anuncio de la riqueza puede estimular a los delincuentes a atentar contra las personas que los tienen: los delincuentes lo saben siempre antes que Hacienda y mejor, y no se dejan engañar ni defraudar; saben dónde está el dinero. Tampoco me importa el artículo 18 de la Constitución sobre la intimidad personal y la propia imagen, ni las "repercusiones hereditarias y matrimoniales" ("ABC"): también parece que las personas a quienes podrían interesar esas repercusiones y esos aspectos lo saben antes que Hacienda. Tan poco me importan esos matices, que no me importaría nada que fuera mi declaración de Hacienda, única que se publicara en el país: me ofrezco a ese papel de redentor.

Lo que no quiero es que se publiquen los nombres y el dinero de los otros. Prefiero no enterarme. Me da vergüenza: vergüenza por ellos, vergüenza por mí. Prefiero no saber qué personas que viven ostensiblemente mejor que yo, declaren y paguen menos. No quiero convertirme en inspector de mis compañeros. No quiero verme estimulado al fraude, por sospecha de que lo hacen los otros. No, no quiero tener sospechas de personas que estimo, no quiero morir de envidia porque ellos ocultan y yo no.

Me horroriza sentir el morbo de acercarme a la delegación de Hacienda a buscar tal o cual nombre, y a sentir indignación. Porque, además, es posible que no sea verdad: es posible que hayan declarado honestamente, que paguen honestamente; y que el deshonesto sea yo al hacer cuentas de lo que gana éste o aquél.

Quede el problema entre Hacienda y ellos. Que yo no me entere. Que me baste saber que ahora, de cada cinco líneas que estoy escribiendo, una es para el Estado. O tal vez dos: ya veremos cuando haga la liquidación. Si trabajo también para los que defraudan, para los que no pagan, para los que están utilizando mi trabajo para beneficiarse de un Estado que yo estoy ayudando a sostener, allá ellos.

No quiero ponerme a despreciar a personas que tenía como amigos; no puedo consentir que me pongan más espejos en los que mirarme. Ya se me han roto demasiados en los últimos años. Que este político, aquel intelectual o este buen amigo lo sigan siendo: que no vea yo, por favor, sus declaraciones de Hacienda, que no me sienta instigado a pedirles, a la hora de cenar juntos o de encontrarlos en la presentación de su último libro, un poco del dinero que me voy a creer que es el mío, tontamente: prefiero charlar como siempre, sobre la corrupción en abstracto, sobre lo suntuario del Estado, sobre la necesidad de moralizar la vida pública y la privada. Prefiero seguir considerándoles como hasta ahora.

Y por eso me sumo a los grandes ricos, a la gran derecha, para pedir, por otras razones, que se retiren las listas de Hacienda, que no se publiquen más. No quiero enterarme. ■

POZUELO